

Monstruosa, obcecada, peregrina, Juana continúa trotamundeando arrebujaada, premiando a otras con los ojos, mientras para mí sigue sin aparecer. Se dice fácil, como si la retahíla de palabras simples pudiera señalar errabunda las intensísimas emociones contradictorias, el desvelado vértigo, los mojados flujos desatados por esa marcada ausencia de años de la cual prometí siempre hablarle, y que me ha costado tanto llegar a hacerlo. Desangrarse toma su tiempo. Y yo aquí, clavada en el balcón de mi casa de Laguna Beach con carita de babosa, reconociéndolo por fin. A veces sólo huelo el mar, la mentada galana que me hizo escuchar ritmos celestiales evaporada de mi mente. A veces navega por mi ceño fruncido en las noches crepusculares como se decía en la poesía antigua, llagándome la frente a latigazos, latinajos afines y desafines tatuándome en la conciencia *nunc et latentis proditor intimo, gratus puellae risus ab angulo...* Horror el amor mendigante que se derrumba, y más horror sentirse imbécil,

inadecuada, inútil, más de tres años después. Ojalá y la próxima me la metan más sabrosito, despacito y con mucho lubricante para que duela menos el culebrón del amor.

Empezó anoche. Sentí aguda su ausencia al llegar a casa, como espuma alborotada. El fantasma peregrino me cayó encima con todo su peso. Volví a derramar bilis, como decimos por mi tierra. Me sentí jodida. Esa es la frase, y se lo digo con franqueza. Jodida. Hundida. La realización evidente de su continuo no estar, como si fuera novedad a estas alturas, me produjo repentina náusea que se asentó fuera en la boca del estómago como percutante acidez aterciopelada. De tanto ir y venir el pecho se me contrajo un poquito, atisbo de los hediondos ataques de asma de mi niñez. Puse uno de mis CD favoritos, vieja grabación con Samuel Ramey, Anna Tomowa-Sintow y Agnes Baltsa, dirigida por Herbert von Karajan. Enseguida abrí violenta la refri y saqué una lata de Tecate con gestos melodramáticos que deberían darme vergüenza. Repensando en esa tormentosa e inexplicable desaparición que me herventaba, tiré la lata contra el muro con violencia cómicamente varonil, como si esa penosa autocomplacencia pudiera salvarme de mi choteo. Solté un largo grito desenfrenado amenazando con descomponer mis rasuradas cuerdas vocales, dejándome adolorido el cielo de la boca, y lloré.

La lloré por primera vez a fondo, hasta lo último, con el afán de revivir sus huellas para liquidarlas de mi corazón. No se lo voy a negar. Tanto tiempo pasará, tanto tiempo sin perderme ahora en la entumecida canción que nos desgobierna las confesiones

quejumbrosas, pero por fin pude llorarla. Enseguida me serví un vaso de scotch con hielo (del bueno; Glenmorangie) y me lo bebí de un gran, largo, prolongado sorbo. Me adormeció las lisonjeadas cuerdas vocales pero también me quemó el esófago como conciso ácido sulfúrico, me ardieron hasta las orejas. Luego me puse a ver una tetuda película pornográfica en la televisión para calmar la nostalgia del deseo, mientras bebía más, más, sintiéndome desvalida hasta que ese cansancio alcoholizado permeó mi cuerpo como temblorosa aura encargada de hacerme reír con dolor, abrupta idiota sentimental que siempre fui. Mientras me desvanecía resonaba en mi cabeza la frasecita, “Pretendamos que volvieron los buenos tiempos, cuando nuestra tierra todavía era verde y aun creíamos que era posible salvar el mundo.”

Al amanecer engomada, la inevitable resequedad empedernida de la boca implorando líquidos, cualquier líquido, los pies acalambrados, caí en la cuenta de que no podía seguir caminando de puntillas. Allí decidí escribirle sobre todo esto que no pude contarle antes, sobre todo lo que me anudaba la lengua y atascaba la garganta, lo que me hacía perder la voz gangliosa. Tenía que sacármela de encima, la fogosa obsesión que me encendía, me erizaba con un temblor convulso de toro agónico. Comprendí que ya no había más espacio para los silencios.

Aunque no me lo va a creer, entre el párrafo anterior y éste han pasado cerca de dos días. Es sólo un agitado párrafo, pero son más de 48 horas en las cuales infinitud de sentimientos licuantes me trenzaron finito los nervios hasta agrietarlos con redoble

y campaneó. Fue cuando decidí cumplir la falsa promesa de escribirle para ordenar mis pensamientos y fundamentar mis emociones mordientes. Es el milagro de la escritura, del tiempo, de las oquedades de mi ombligada mente, y de los saltos entre un párrafo y otro, que, como el omatidio o el omento, no explican las interminables horas en que contemplo la pantalla enmudecida, colocada, como dicen en la madre patria, palabra que siempre me hizo reír de manera pedregosa. La verdad sea dicha, con estas líneas intento apenas evocar a Juana, dejándome ir por el bamboleo prístino de sus caderas desairadas, por una gesticulación que habla sin palabras.

La búsqueda del orgasmo infinito la confundí muchas veces con la del amor ídem. Se lo admití desde que me empezó a tratar. Desconocía la anónada diferencia y perdí los límites en la semántica del semen. La sonrisa del esfínter era otra manera de esgrimir la creatividad preñada de esferoides sentimientos de mi Juana, de la que hoy quiero, por fin, hablarle. Ella hizo lo mismo. Era incapaz de reprimir sus esculturales apetitos, viviendo una exaltante aventura nueva cada día. Me vi reflejada en sus conquistas, sirviéndome de esas imágenes, sus frunces carnales, para ordenar mi mundo. Ahora entiendo la diferencia. Pero para llegar hasta allí tengo que forzarme a abrir la boca, lo que me negué a realizar cara a cara con usted, como si fuera hermético caracol al cual hay que sacarle a la fuerza los pequeños resabios de ligosa substancia. Tengo que liquidar la malhadada nostalgia sentimentaloidé que me atosiga.

Pero como usted siempre insistió con que me

remontara a mi niñez, intentaré también hacerlo ahora, para que vea que por fin calaron sus descargas. Va entonces la reminiscencia.

A mi entender, todo empezó la plomiza tarde cuando me desnudé frente a mi prima Inge, en los días niños cuando me sobraba el tiempo. Tendría no más de nueve años, ella siete. Bonita era la Inge, en cierto tono alemancito que por falta de criterio se nos hacía más atractivo en esos inciertos años. Siguiendo con sus lineamientos teutónicos, cuando no tectónicos, es su poquito gorda. Tonta siempre. Pero noblota. Aunque en ese momento no me daba cuenta, me lo tenía que decir mi tía Elisa quien también se lo decía a ella, “¡Tonta!” Pacata por carencia de imaginación. Por ello se escapó del húmedo baño de sirvientas, de un cemento más desnudo que cualquier humano torturado por su agua gélida, con asomos de moho y mugre en sus esquinas y en el techo. Era un cuartito con escasa ventilación, sin ventanas, la pared grisácea por las razones ya dichas, y encima se descascaraba. El frío parecía no irse nunca aunque estuviera ubicado frente a un jardín edénico con su nisperal al centro, inundado por ese henchido solazo lacerando de quemante todos los días que no llovía. Sirvientas teníamos, pero no se dieron cuenta porque su dormitorio y baño estaban en la parte de abajo, al lado de la pila. Era necesario subir unas graditas para entrar a la casa por su parte trasera. Ese pequeño espacio era un añadido lamentable pero necesario. Su fea arquitectura y mal acabado reflejaban de manera perfecta lo que de la servidumbre se pensaba en esas latitudes azul y roca, duras, desoladas, ardentosas y brillantes como me-